

REVISTA CHILENA

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

SUMARIO:

	Págs.
ERRAZURIZ <i>Crescente</i> —Juan de la Reina	5
VICUÑA MACKENNA, <i>Carlos</i> .—El socorro de Membrillar	18
GAJARDO R., <i>Ismael</i> .—Deficiencias de que adolecen los textos para la enseñanza de la Geografía Física en los colegios del Estado y en los particulares, y necesidad de imprimir una obra que consulte todos los progresos alcanzados en la Física Terrestre	35
MARÍN VICUÑA, <i>Santiago</i> .—El Ferrocarril Panamericano	45
DE SAUNIERE, S.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral	63
ARAYA NOVOA, <i>Ramón</i> .—La familia Urrejola	112
VICUÑA MACKENNA, <i>Carlos</i> .—El origen de don Ambrosio O'Higgins y sus primeros años en América	126
BLANCO CUARTÍN, <i>Manuel</i> .—El General O'Higgins	173
DE AMBERGA, <i>fray Jerónimo</i> .—Educación indígena en los Estados Unidos	194
Cartas del General Godoy a don Pedro Félix Vicuña	203
Diario de los sucesos ocurridos en Santiago desde el 24 hasta el 29 de Enero de 1827	215
ZENTENO, <i>José Ignacio</i> .—El General Zenteno (<i>Continuación</i>)	220
VALENZUELA, <i>Pedro Armengol</i> .—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborígenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Continuación</i>)	273
AMUNÁTEGUI SOLAR, <i>Domingo</i> .—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>)	273
DE MONTESSUS DE BALLORE, <i>Fernando</i> .—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>)	305
DONOSO, <i>Armando</i> .—Barros Arana y Mitre	423
COVARRUBIAS, <i>Luis</i> .—Monedas chilenas desde la Independencia hasta la fecha (<i>Continuación</i>)	453
Notas e Informes	496

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1916



Barros Arana y Mitre

Una amistad literaria.

Suele ser la correspondencia de los grandes hombres lo que más útiles servicios presta a críticos, polígrafos e historiadores para escribir sus biografías y esclarecer los problemas que agitaron la época en que les tocó nacer. ¡Cuántas veces un hecho íntimo no ha solido dar pie para toda una reconstrucción! Raro es el caso de quien mintiera en sus cartas durante una existencia, presintiendo que las generaciones futuras pudieran conocerle íntimamente por ellas. El ejemplo de Barbey d'Aurevilly, el *poseur* más genial y el farsante más artista que haya nacido hasta el presente; el de Espronceda, embustero por necesidad romántica; o el de Zola, cuyas cartas fueron escritas para ser publicadas, en nada desmienten el valor documental de la correspondencia de un Goethe, de un Flaubert, de un Bolívar, de un Bismarck, de un Veuillot. Aun en espíritus poco espontáneos, de una integridad moral rigurosa, como Taine y Spencer, que si escriben, aun cuando

sea su correspondencia privada, lo hacen pensando en que todo documento puede ser, tarde o temprano, del dominio público, sus cartas explican y completan sus biografías de un modo luminoso. Cuando un escritor no tuvo en vida la fortuna de tener como Samuel Johnson un *alter ego* cual aquel caballero Boswell, que siguió todos sus pasos anotando sus genialidades, sus hábitos, sus decires, sin abandonarle un momento, hasta llegar a escribir un libro admirable sobre su amigo y maestro, es menester recurrir a los documentos privados que, generalmente, son los más sinceros o los únicos que dicen verdad sobre la vida y hechos del escritor solicitado. Si bien es cierto que son dolorosas las autopsias morales, como las practicadas por un Fitzmaurice-Kelly en Cervantes, por un Rodríguez Marín en un Mateo Alemán o por un Cascales y Muñoz en Espronceda, no por esto habremos de negar su enorme y transcendental utilidad. ¿Qué Cervantes resulta poco limpio, el maestro de «Guzman de Alfarache» nada escrupuloso y el autor de *El Diablo Mundo* un embustero? Desgraciadamente la verdad suele no haber sido tan agradable como es la dorada ficción que los años vaciaron sobre aquellos nombres venerandos pero no intangibles.

No es este el caso del autor de la *Historia General de Chile*, pero huelga el comentario. Barros Arana, grande como historiador y tal vez el escritor más completo que nunca tuvo nuestro país, porque sobre ser un investigador agudísimo era un hombre de una cultura excepcional, enciclopédica (docto en letras, sapientísimo en filosofía, ciencias naturales, geografía física, química) no cuenta en la actualidad con una biografía, no ya completa, sino que medianamente sucinta. Impacientes aguardan los estudiosos el libro que prepara el autor de *Lastarria*

y su tiempo, Alejandro Fuenzalida Grandón, sobre don Diego: es él, tal vez, quien cuenta con la mayor autoridad para escribirlo, pues vivió cerca de Barros Arana, como un fiel discípulo, llegando a conocerle íntimamente, en el trato diario, mientras realizaba sus buscas bibliográficas en la librería del maestro; además, Fuenzalida ha ordenado la edición de sus obras completas, que estaba dando a la estampa la Universidad y ha interrumpido temporalmente la gran guerra y conoce no escasa parte de la correspondencia del historiador.

No es la menos interesante aquella parte de la biografía de Barros Arana que comprende la época de su primer viaje a Europa: sus buscas eruditas de archivo en archivo, de biblioteca en biblioteca, hurgando viejos in-folios, polvorientos documentos y vetustos volúmenes, le habían de librar el secreto de las más preciosas noticias referentes a nuestra historia. En su obra capital ha referido don Diego la odisea de estos sus lances a través de los Sancta Sanctorum donde se custodian los más preciados documentos y los libros más raros; en su correspondencia, completa muchas noticias de un altísimo interés bibliográfico. Un volumen casi íntegro del *Archivo del General Mitre*, que comprende los años corridos entre 1859 y 1881, está dedicado a las cartas cambiadas entre don Bartolomé y sus mejores amigos de Chile: Barros Arana, los Amunátegui, Luis Montt, Lastarria, Irisarri. Pero, son las cartas de don Diego las que tienen mayor interés y ocupan las tres cuartas partes del volumen.

La amistad de Mitre y Barros Arana fué constante e íntima y no lograron quebrantarla ni las ausencias largas, ni los viajes más lejanos, ni las crisis políticas, ni los recelos internacionales. Los años, el estudio, los libros,

no hicieron más que acrecentar el calor comunicativo entre ambos escritores. Desde la época de la primera estada de Mitre en Chile databa esa camaradería que había de ser tan fructífera para las letras americanas: cuando, después de su permanencia en Bolivia y en el Perú, Mitre se vió obligado en 1849 a trasladarse a Chile, encontró en Santiago una leal y noble acogida. El despotismo de Rosas había obligado a trasponer los Andes a no pocos argentinos ilustres, que hallaron en la metrópoli chilena abiertas las puertas de los hogares y francas las columnas de los periódicos: Sarmiento, Alberdi, López, como Mitre, vivieron algunos años en el solar santiaguense y no pocas páginas inmortales nacieron al calor del terruño ultra andino. En Chile fué escrita y publicada la obra capital del enorme Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* y en Chile dió a conocer también un periódico el *Facundo* de Sarmiento. ¿Quién no ha leído el capítulo de los *Recuerdos de provincia* donde el autor de *Argirópolis* refiere su estada y su actuación importantísima en tierras chilenas?

En Santiago y en Valparaíso Mitre no fué tan sólo uno de los más ilustres de sus huéspedes sino que también supo ser caudillo como antes lo fuera en su patria y en Bolivia: primero en la prensa porteña, luego en la de la capital, se puso de parte del liberalismo y combatió con energía a los conservadores; entre los primeros estaban sus mejores amigos de entonces: Recabarren, Ugarte, Vicuña Mackenna y cuanto de más distinguido formaba en la oposición contra el Presidente Bulnes. Bien pronto conoció a Barros Arana e intimaron fácilmente: uníanles análogas aficiones y un mismo credo en política. Pipiolo convencidos, combaten sin tregua la candidatura de don Manuel Montt en

1851 y, después de abortado el motín del 20 de Abril, Mitre es encarcelado hasta que se ve en la necesidad de ausentarse al Perú durante un año. Cuando vuelve a Santiago frecuenta los cenáculos literarios y los hogares más distinguidos de la sociedad santiaguina. En uno de ellos deja un recuerdo sentimental prendido en el corazón de una dama hermosísima. Muchas veces, años más tarde, evocó la dulzura de aquellos ojos que desvelaron su juventud, y cuando Vicuña Mackenna le solicita como padrino para una de sus hijas, en su último viaje a Santiago, el general pone como condición que a su ahijada se la bautice con el nombre de Eugenia: «No tanto por ser hija de uno de mis más viejos e ilustres amigos—escribe—como porque lleva el nombre de un sér que conocí en mi juventud y nunca olvidé, un sér admirable, todo hecho de belleza, de talento, de virtud».

De regreso en su patria transcurren algunos años antes que Mitre vuelva a tener noticias de Barros Arana. Tan sólo en los primeros meses de 1859 recibirá la visita del autor de la futura *Historia General de Chile*, que está de paso para Europa.

¿Por qué había dejado el país don Diego? ¿Acaso iba en viaje de placer o en comisión de estudio? Nó; ni lo uno ni lo otro. Su salida de Chile suponía un necesario destierro, que el historiador iría a aprovechar a maravillas para sus trabajos intelectuales.

El día 14 de Octubre de 1858, muy de madrugada, don Diego Barros Arana y don Roberto Souper fueron despertados bruscamente y se les arrancó de sus lechos para ser conducidos a la cárcel; luego se allanaron sus casas, se registraron minuciosamente sus muebles y se desordenó la biblioteca de aquel. El oficial encargado de esta

misión, después de un registro prolijo, hizo guardar algunas cartas encontradas en una gaveta y dos pistolas extraídas de una cómoda, que pertenecían al señor Souper.

Barros Arana, enemigo implacable de la administración Montt, había publicado numerosos artículos en el diario *La Actualidad*, censurando crudamente la política del gobierno. Era, pues, un adversario peligroso en quien el Presidente deseaba, de una vez por todas, hacer caer un severo correctivo (1). Pero, como quiera que no se encontraran en poder de ellos ni papeles comprometentes, ni armas, ni indicios de ninguna especie que pudieran dar motivos para fundar una acusación en forma, después de doce horas de prisión fueron puestos en libertad. En el manifiesto que publicaba en *La Actualidad*, al día siguiente, Barros Arana exponía todas las incidencias violatorias del más elemental derecho de gentes al ser arrastrado a la cárcel; dicho manifiesto, tremante de santa ira, como la voz de un nuevo Ezequiel, finalizaba con estas palabras: «No terminaré esta exposición sin emitir una sospecha que se me ocurre y que me hace reír. Mañana los lebreles de palacio se desatarán para acometerme como lo han hecho otras muchas veces. ¡Ladren! Hacen bien en ladrar los que no tienen otra cosa que comer». Pero, no se crea que esto era todo. *La*

(1) «El señor Barros Arana no hizo misterio de la antipatía que le inspiraba ese partido (el monttvarista) y a menudo se expresaba mal de él, cuentos que le eran llevados a los dirigentes monttvaristas, quienes *expiaban la ocasión de jugarle alguna mala pasada*». (*Recuerdos de cincuenta años: don Abdón Cifuentes. Pacífico Magazine* de Enero de 1916). Esto sucedía después del regreso de Europa de don Diego, al finalizar el gobierno de Montt, pero da una idea aproximada del odio implacable de Barros Arana por aquel gobierno.

Actualidad censuraba, en seguida, con palabras de fuego, al Gobierno: «Si en el corazón de Montt—decía el artículo editorial—hay algo de justicia y patriotismo, no trate de salvarse con la intriga como el 57; sería en vano. Imite a O'Higgins y confíe a un Congreso constituyente el cuidado de cicatrizar las llagas de la patria... La abdicación impediría la guerra. La abdicación aumentaría la moralidad política. La abdicación fundaría en Chile el imperio de la justicia».

No había, pues, muchas seguridades para la persona de don Diego en Santiago. Su pluma, combativa y violenta, no estaba nada de bien quista con el Gobierno. En cualquier momento la policía podía jugar una mala pasada, pues tiempos eran aquellos en que el Gobierno no se andaba con chiquitas ante el más pintiparado personaje. Entonces resolvió ausentarse del país y aguardar lejos, en Europa, entregado por entero a sus trabajos de investigación, el advenimiento de un nuevo Gobierno. Partió en dirección a Buenos Aires a fin de tomar el paquete en la metrópoli argentina con destino a Europa.

Hasta ese entonces la ocupación predilecta de don Diego había sido la historia: con tesón infatigable habíase dado a explorar los archivos del Cabildo de Santiago; de las secretarías del Gobierno; el archivo reservado de la Real Audiencia; los viejos expedientes conservados por antiguas familias, y a reunir las memorias y relaciones inéditas conservadas por el último secretario de la Capitanía General bajo el gobierno español, don Judas Tadeo Reyes; como a buscar muchos de los documentos públicos guardados por O'Higgins; mapas, libros escasos, planos, cartas y a estudiar minuciosamente los legajos importan-

tísimos que le obsequió el General Miller. que había juntado para hacerlos servir en una reimpresión de sus *Memorias*. Así, pues, si en Chile había logrado reunir tantos documentos que bien pronto habían de ser las fuentes para escribir su *Historia General* ¡cuántos no iría a encontrar en Argentina, en España y en las restantes bibliotecas, archivos y museos de Europa! Ya, en 1855, había hecho sacar copias en Mendoza, don Diego, de una cantidad de documentos que se relacionaban con la formación del ejército de los Andes y los acontecimientos posteriores de nuestra historia.

Al emprender su viaje en 1859 se detuvo algunos días en Mendoza con el objeto de adquirir ciertos papeles de importancia; luego, en Buenos Aires, visitó las mejores bibliotecas públicas y particulares, sacó copias de añejos manuscritos, adquirió colecciones de los principales periódicos pertenecientes a la era revolucionaria, estuvo muchos días en el archivo del antiguo virreinato, cuyo director, don Manuel Ricardo Trelles, llegó a ser muy su amigo. Pero, fué el General Mitre quien le prestó a Barros Arana los mejores servicios en la capital del Plata. «Poseedor de una abundante colección de libros y de papeles históricos—escribe don Diego en su *Historia General de Chile*—que después ha engrosado considerablemente, Mitre lo puso todo a mi disposición con la más absoluta franqueza, me ayudó con su experiencia en la exploración de los archivos y me puso en comunicación con cuanta persona podía procurarme algún documento o suministrarme algún dato que pudiera interesarme. Las relaciones que habíamos cultivado en Chile en años anteriores, se convirtieron entonces en la más estrecha amistad, en una verdadera confraternidad literaria que hemos

conservado inalterable a pesar del tiempo, de la distancia y de todas las vicisitudes de la vida, comunicándonos nuestros proyectos literarios y nuestros escritos, de cualquier clase que fueren, y proporcionándonos recíprocamente los libros, los documentos y los mapas que podían interesarnos para nuestros trabajos respectivos. Esta amistad de cuarenta años, que nada ha perturbado y que nada ha aminorado, amistad sin desconfianza y sin rivalidades, y en que no han intervenido más que móviles sanos, me ha procurado una no pequeña satisfacción en las afecciones de la vida y en mi carrera de escritor.»

No era la de Buenos Aires, en la época en que arribó don Diego, una sociedad del todo extraña al historiador: le unían a ella vínculos cercanos de parentesco, por entroncamiento del lado materno. Así, pues, en sus viajes a la metrópoli argentina, además de sus amigos como Mitre, los Carranza, Alberdi, Sarmiento, recibió la acogida franca de parientes próximos como el por ese entonces anciano don Felipe Arana, el célebre último Ministro de Rosas.

Recuerdo haberle oído contar a don Domingo Amunátegui Solar que, en más de una ocasión, le oyó referir a don Diego los recuerdos de su llegada a Buenos Aires en 1859: no era, solía decir el historiador, la capital argentina, por aquellos años, una ciudad igual sino menor que Santiago. En cuanto a la mansión de su tío don Felipe Arana era un casón de sencillo estilo colonial, con enorme puerta claveteada, que fácilmente podía dar paso a las carretas; patio empedrado, donde aun quedaban los argollones de hierro para atar las cabalgaduras y amplios corredores bajo cuyo techo encontró al prócer, sentado

en noble silla de baqueta, con enorme sombrero de paja, tal un viejo hacendado de las pampas.

En aquellos meses del 59, Mitre acababa de rematar los dos primeros volúmenes de su *Historia de Belgrano*, que abarcaban hasta la proclamación de la independencia en 1816; escrita a vuela pluma, al día y por entregas. Apenas alcanzaba a darlos a la estampa cuando se veía obligado a partir en campaña al frente del Ejército que iba a combatir al General Urquiza. Luego las funciones de Gobernador de la provincia de Buenos Aires; de Presidente de la República hasta el año 68; la campaña del Paraguay, que se vió obligado a dirigir; sus múltiples trabajos, no sólo de gobernante sino que también legislativos, científicos, históricos, literarios, periodísticos, que no olvida del todo; su misión diplomática en el Brasil; los azares de una revolución desgraciada, las horas que le arrebatara la tarea de revisar la edición corregida de su *Historia de Belgrano* y el estar preparando el primer volumen de la *Historia de San Martín*, le absorben todo el tiempo al General, lo cual explica las interrupciones, hasta de años, en la correspondencia de ambos historiadores.

Cuando parte de Buenos Aires don Diego Barros Arana, ya ha conseguido reunir un enorme material histórico. Su estada en la metrópoli argentina ha sido provechosa hasta donde es posible que lo sea para un trabajador tan metódico y pacienzudo como era don Diego.

Tras las incidencias sin importancia de una larga navegación, de la que tenemos escasas noticias por los solos testimonios verbales y algunas cartas íntimas, llega a Europa e, inmediatamente, se da a la obra de visitar bibliotecas y museos.

En Agosto del 59 concurre al Museo Británico de Lon-

dres, obteniendo muchas facilidades para trabajar allí, gracias a haber sido presentado a uno de los conservadores del establecimiento por el General Juan O'Brien, antiguo ayudante de campo del General San Martín, a quien había conocido en Santiago. Sus investigaciones se concretan a compulsar algunos documentos de origen español que se referían a viajes y exploraciones geográficas. Y... un dato curioso, digno de consignarse: «Cerca del sitio que yo ocupaba en el Museo—escribe don Diego—tenía entonces su asiento el eminente escritor francés Luis Blanc, que estaba desterrado en Londres y que preparaba los últimos tomos de su célebre *Histoire de la Révolution Française*, materia sobre la cual la Biblioteca del Museo Británico poseía verdaderas riquezas que era difícil hallar en otras partes».

En Noviembre se traslada don Diego a España y en los primeros días de Diciembre de ese mismo año comienza a trabajar en el Archivo de Indias, donde se había presentado premunido de una real orden que decía así: «Ministerio de Guerra y Ultramar: Con esta fecha digo al archivero de Indias en Sevilla lo que sigue: S. M. la Reina ha tenido a bien autorizar a don Diego Barros Arana para tomar notas y copias de todos los documentos relativos a la Historia de la República de Chile, que constaren en ese archivo y fueren de dar, según los reglamentos del mismo». Durante más de cuatro meses concurrió don Diego, día a día, al Archivo, tomando notas, extractando documentos, abreviando expedientes y legajos. Más tarde, en Madrid, logró reunir una cantidad interesante de libros y documentos relativos a América: un poema anónimo sobre las guerras de Chile; una descripción geográfica del Perú y Chile, escrita por Fray Baltazar de Obando, obis-

po que fué de Imperial, y las memorias de don Alonso Henríquez de Guzmán, ejecutor testamentario de Almagro. En la Biblioteca de la Academia de la Historia tuvo lugar a revisar todos los papeles dejados por el cronista de Indias Luis Tribaldos de Toledo; una parte de la crónica latina de Cabrete de la Estrella y de la Historia de Chile de Vidaurre; en la Biblioteca particular de los Reyes descubrió una descripción geográfica de Chile, que había sido formada en Santiago bajo la presidencia de Amat y Junient, pero de la cual no pudo sacar copia por exigir el bibliotecario una orden expresa de la Reina; en librerías particulares obtuvo copia del «Purén indómito» de Alvarez de Toledo, que poco después hizo editar en Leipzig, y utilizó los papeles que habían pertenecido al Licenciado de la Gasca, el pacificador del Perú, cuando el levantamiento de Pizarro y entre los que encontró documentos importantes referentes a Pedro de Valdivia y la conquista de Chile.

En este instante comienza la correspondencia entre Barros Arana y Mitre, cuyas dos primeras cartas fueron tan sólo fechadas en Europa y las siguientes están escritas después de su regreso a Santiago. Las pacientes búsquedas del autor de la *Historia General de Chile* dan una idea de lo que fué su labor de estudios en Europa, que le había de permitir llegar a poseer un conocimiento acabado de los más viejos libros y de los manuscritos más rancios, en los que el General Mitre era docto y por los que no ocultaba su afición, rayana en las flaquezas del bibliómano.

En Junio de 1860 le escribe don Diego a Mitre desde París: «Creo haberle hablado de mi viaje a España y de mis estudios en las bibliotecas de Madrid y los archi-

vos de Simancas y de Sevilla. Los tesoros que encierra este último para la historia americana son inapreciables, por su cantidad y por su mérito. Pasé cincuenta días (1) de incesante trabajo, y apenas tuve tiempo para hacer la elección de todo lo que debía hacer copiar referente a Chile, y para tomar algunos puntos y extracto de legajos y expedientes que, teniendo un valor secundario, podían completar el conocimiento de algunos hechos. Estoy persuadido de que no se puede escribir la historia de la conquista o de la dominación española, en ninguna de las parcialidades de América, sin consultar esos archivos». Luego le anuncia don Diego que hubiera deseado permanecer largo tiempo aun en Sevilla, más, que ha debido ausentarse, porque tenía noticias que su esposa había salido de Chile, con destino a París, acompañada de la familia Carvallo que iba a Bélgica, donde don Manuel Carvallo había sido nombrado Ministro Plenipotenciario. Don Diego tuvo que partir a la metrópoli francesa a fin de buscar casa y ordenar cuanto era necesario para aguardarla.

Después de sus necesarias diligencias domésticas, don Diego se dedica la mayor parte de sus horas a sus labores de estudio. «Un librero francés,—le comunica a Mitre— M. Franck, deseaba publicar una biblioteca americana, por el estilo de la colección de Ternaus Tompans, pero más vasta y mejor escogida, y después de algunas conferencias, me ha confiado la dirección. La biblioteca se contraerá a publicar obras manuscritas, o colecciones de documentos

(1) En el apéndice a su *Historia General de Chile* (tomo XVI) habla don Diego que concurrió durante cuatro meses, día a día, a ese archivo.

tomado de los archivos españoles, o libros impresos que se hayan hecho sumamente raros. Recorrerá las antiguas posesiones de España, Portugal, Francia, Inglaterra y Holanda. Cada obra irá publicada en el idioma en que se dió a luz; pero todas llevarán prólogo, introducciones y notas geográficas e históricas, escritas en francés por la persona encargada de la publicación de ella, porque para hacer mejor el trabajo, yo deberé acordar sólo qué obras deben publicarse y encargarme únicamente de la impresión de algunas, que serán las españolas, mientras otros toman a su cargo las demás. En este momento ya está en prensa el primer volumen, que es un poema inédito sobre la conquista de Chile, verdadera historia rimada, con el título de *Purén indómito*, por Alvarez de Toledo. Creo que el segundo que publique serán las *Memorias de Alonso Henríquez de Guzmán*, uno de los conquistadores del Perú (vea a Herrera sobre este nombre), cuyas memorias he desenterrado en Madrid, sin que nadie ni aun sospechara su existencia. Más adelante publicaré un volumen con las cartas de Pizarro, Almagro, Alvarado, Valverde, Oviedo, Berlanga, Felipe Gutiérrez y otros, sobre la conquista del Perú, y espero hacer una buena elección entre los legajos de correspondencia de Cabot y demás descubridores y conquistadores del Río de la Plata, en un segundo viaje que haré a Sevilla en el invierno próximo. Siento que hasta hoy no esté terminada la impresión del prospecto, y no poderlo remitir a usted por éste paquete. He puesto el nombre de usted entre los de los escritores del Nuevo Mundo que comienzan a hacerlo conocer en sus escritos, alentando así este movimiento o excitación que hay en Europa de recoger los antecedentes de nuestro pasado». Más adelante le anuncia Barros Arana que

un industrial de París acaba de hacer un descubrimiento maravilloso, consistente en poder reproducir antiguos impresos con exactitud acabada, de tal modo que hasta el ojo más experto puede confundir un original con una reproducción: «He comprado una carta de Cristóbal Colón, impresa en Roma, en latín, en Mayo de 1493, con cuatro láminas representando el viaje a la Española, y le aseguro que he quedado atónito al ver la perfecta igualdad con un ejemplar que vi en la Colombina, en Sevilla». Al trasmitirle algunas de las noticias que ha recibido de Chile, le escribe: «Nada le digo de Chile, porque usted tendrá noticias más recientes. La pobre patria está sufriendo cuanto es dable. Aquí se encuentran muchísimos proscritos: Santa María, Pedro Gallo, A. Reyes, G. Matta, G. Blest, etc., etc. ¡En el Perú hay más de setecientos hombres conocidos; y cerca de doscientos en Mendoza y San Juan!»

Luego don Diego le habla al General de una edición que ha encontrado del manuscrito original de don Félix de Azara en la que ha podido cerciorarse que el libro francés conocido en América no es más que un compendio del texto castellano. Finalmente, al terminar la carta, escribe: «Estoy en muy buena relación con el sabio bibliógrafo don Pascual de Gayangos, quien me ha puesto en relación con muchos literatos españoles, y me ha presentado a las bibliotecas y archivos. Aquí hay poco sobre Chile; pero haré copiar ese poco antes de pasar a Sevilla a registrar el archivo de Indias. He encontrado aquí dos poemas inéditos sobre la conquista de Chile, que estoy haciendo copiar. Son crónicas descarnadas pero noticiosas; y como he conseguido un ejemplar del *Santistevan Ossorio* (continuación de *La Araucana*), habré

juntado los cinco poemas relativos a la conquista de Chile».

Tres meses más tarde, el 8 de Septiembre de 1860, y mientras Mitre se encuentra al frente del Gobierno en Buenos Aires, a vuelta de algunos consejos prudentes y de algunos elogios, Barros Arana le transmite noticias de la situación política de Chile: «Ya usted tendrá noticia—le dice—de que el partido opositor se ha fijado en el General Bulnes como candidato para la presidencia, y que Montt, disimulando tal vez sus propósitos de elevar a Varas, ha hecho proclamar a Pérez, aquel señor conocido con el apodo de Mahoma. Aunque este es un hombre bueno y de alguna inteligencia, su elevación a la presidencia lo pondría en la situación del madero rey de las ranas de la fábula; y Montt sería quien gobernase, si se da trazas para mantenerse ligado con aquel. La candidatura de Bulnes, proclamada por la oposición, será quizás el último de los males que Montt infiera a la República, puesto que sólo el deseo de librarse de Varas y de presentar un candidato posible ha hecho que la oposición lo acepte. Y esto, que yo, como creo habérselo dicho, no tengo mala voluntad al General, y lo creo un hombre capaz de hacer algo bueno por la patria. La lucha electoral se inicia en este momento, y reclama el servicio de todos los brazos. Yo vuelvo en Diciembre o Enero sin compromiso alguno; pero sí deseoso de servir como soldado a la buena causa. Como usted sabe, los procesos que Montt sabe urdir no han alcanzado hasta mí, y una vez extinguidas las facultades extraordinarias, puedo volver a Chile tranquilamente. Si me es necesario rehacer mi saco de peregrino, volveré a las andadas; es decir, cruzaré las cordilleras, y me fijaré en Buenos Aires».

Recordando, luego, las noticias sobre la Biblioteca Americana que le comunicaba en su carta anterior, le anuncia que está atrasada: «Se imprimen dos tomos a la vez, el primero de los cuales es *El Purén Indómito*, de que le he hablado, y el segundo *Una relación de viajes franceses al Marañón*. A pesar de la buena voluntad del librero, no ha sido posible avanzar mucho más. Con mi ausencia tomará la dirección M. d'Avezac, presidente de la Sociedad de Geografía, con lo cual ganará mucho la colección, si bien este dará más importancia a los viajes franceses y a las antiguas colonias de la Francia». A continuación le comunica don Diego que ha recorrido Bélgica y Holanda a la caza de libros raros y sólo le ha sido posible encontrar un *Quevedo* de cierto interés. Remata la carta dándole noticias sobre los papeles del General San Martín, que ha estado examinando. «Hay poca cosa importante y desconocida. Lo que más me ha interesado ha sido su foja de servicios, anterior a su ida a América. He copiado todo lo que no conocía para llevarlo a Chile, junto con los documentos que recogí en España. Puede considerar que son suyos, porque una carta suya me bastará para mandarle copiar cuantas quiera» y anunciándole que Vicuña Mackenna «en Lima, ha encontrado en casa de O'Higgins más de 5,000 cartas dirigidas a éste, con las cuales hace una refutación de las Memorias de Cochrane. Conozco sólo una pequeña parte publicada en *El Comercio* y me ha interesado. Su propósito, es salir en defensa del honor americano, mancillado por el aventurero inglés, y a juzgar por los documentos que él dice tener, parece que saldrá bien en su empresa. He encontrado muchas cartas de Cochrane, en que dice diametralmente lo contrario de lo que ha

escrito en las memorias. Benjamín tiene a la vez otros proyectos histórico-literarios: *Historia de Almagro*, *Historia de las dos últimas revoluciones de Chile* (1851-1859), *El ostracismo de O'Higgins*. Como usted conoce su facilidad para escribir, no dudará que dé cima a todos».

La primera carta que le contesta el General a don Diego data de 31 de Octubre de 1863. Su silencio anterior fácilmente se comprende si se tiene en cuenta que fueron aquellos los años de mayor labor para Mitre. Sus campañas, a las que parte al frente del ejército y sus años de trabajo abrumador, constante, infatigable, en la Presidencia de la República, le anticipan sobradas disculpas a ese su comprensible retardo para corresponder las atenciones epistolares de su amigo trasandino. Así, pues, al dirigirle una carta ahora comenzará solicitando sus perdones: «Pero usted que ha visto como es la vida política y militar en mi país,—le dirá—creo que habrá sabido disculparme, en medio de las graves atenciones que por tanto tiempo me han rodeado, y de todos modos cuento con que su bondadosa amistad sabrá perdonarme la falta que haya cometido en haber dejado interrumpir nuestra correspondencia, que espero que ahora será más activa». En seguida le promete reanudar en adelante su correspondencia, manifestándole que le será muy agradable ocuparse de asuntos literarios, sobre todo en pudiendo tratar con persona como Barros Arana «tan entendido en la historia y la bibliografía americana». Finalmente le escribe: «Debo a usted algunas de las obras que adornan mi biblioteca americana, como las *Décadas* de Herrera y la última edición de *Restrepo*. Le ruego que me mande la historia de *Marmolejo*, que me falta en ella, que creo fácil proporcionarse en Chile, así como cualquiera otra publicación de ese país

que caiga en sus manos, para que no quede trunca la numerosa colección de escritos chilenos, que usted me dejó a su pasada por aquí, y que forman también una parte principal de mi biblioteca».

Dos meses más tarde don Diego le envía al General, desde Santiago, una fuerte remesa de libros para la biblioteca pública de Buenos Aires y algunos volúmenes chilenos, de reciente aparición: *La Conquista de Chile*, por don Miguel Luis Amunátegui y las obras de don Alberto Blest Gana: «Lea algunas de ellas—le escribe Barros Arana—y convendrá conmigo en que es el primer novelista hispano-americano». En seguida le comunica algunas noticias sobre trabajos personales y de haber sido nombrado rector del Instituto Nacional: «En los *Anales de la Universidad* comencé a publicar un trabajo biográfico sobre Hernando de Magallanes. Ha quedado inconcluso, porque desde hace un año he sido nombrado rector del Instituto Nacional, lo que me ha tenido constantemente ocupado en hacer reglamentos, reformar el plan de estudio, revisar textos, adoptar otros nuevos, y poner orden en infinitos detalles de esta máquina que se llama Instituto, que ha tomado en los últimos años un inmenso desarrollo. Imagínese usted que tiene cincuenta y dos empleados y más de novecientos alumnos, fuera de los empleados y los estudiantes de ramos profesionales, que dependen directamente del Rector de la Universidad».

El 18 de Febrero de ese mismo año don Bartolomé le envía a Barros Arana un cajón de libros en retribución de otros, chilenos, recibidos de parte de don Diego, y le escribe una corta epístola que no contiene ninguna noticia de importancia, ateniéndose a darle cuenta del envío, a agradecerle el suyo, a felicitarle por su cargo de rector y a

participarle otras nuevas. Casi a vuelta de correo don Diego le escribe al General noticiándole del feliz resultado de las elecciones de Senadores y Diputados: «El Partido monttvarista—le anuncia—dominante todavía en las Municipalidades, el Congreso y los Tribunales de Justicia, ha hecho cuanto ha podido para perpetuarse en el poder, ganando las elecciones sin reparar en medios. Por la ley actual, las Municipalidades tienen un poder inmenso cuando se trata de elecciones; pero, a pesar de todo esto, y a pesar de los abusos, hemos triunfado en todas partes donde ha habido lucha». Luego, tras algunas consideraciones sobre política, agrega: «Desde hace mes y medio hemos fundado en Santiago un diario liberal, cuya dirección está confiada a Miguel Amunátegui. He encargado que se remita a usted un ejemplar de ese diario, que es un motivo de orgullo para esta ciudad, por su buena redacción y la sanidad de los principios que proclama».

Fué este periódico *El Independiente*, fundado a instancias de don Joaquín Larraín Gandarillas y de don Manuel José Irarrázaval, cuando aun repercutían los ecos de la campaña emprendida por la prensa monttvarista y radical contra el rector de la Iglesia de la Compañía don Juan Ugarte y contra el clero que permitía las iluminaciones de las iglesias, promotoras de incendios. Los liberales estaban unidos contra los montinos y era menester colocar frente a *El Ferrocarril*, órgano del monttvarismo, un gran diario católico, gobiernista, que continuase la defensa del Ministro Tocornal, como lo estaba haciendo bisemanalmente *El Bien Público*. Don Manuel José Irarrázaval les ofreció la dirección del diario a don Miguel Luis y a don Gregorio Víctor Amunátegui, quienes permanecieron en él cerca de cuatro meses. Barros Arana,

como todos los amigos que formaban en la oposición contra el partido montvarista, debía colaborar en *El Independiente*, pero bien pronto el diario arrojó sus disfraces liberales y en adelante continuó siendo un periódico, ante todo católico, defensor de los intereses conservadores.

Barros Arana no sólo le ofrecía a Mitre las columnas del diario para cuanto pudiera ofrecérsele, sino que le proponía buscarse algún corresponsal que quisiera enviar a *El Independiente* un artículo cada quince días.

Al recibir don Diego, a mediados de Julio de ese año, el cajón de libros que le anunciaba el General, le envía nuevos volúmenes chilenos y le da noticias sobre sus trabajos particulares: comunícale que está componiendo su *Historia de América* para la enseñanza, que ha de terminar en breve: «No me linsonjeo—le escribe—con la esperanza de hacer una obra notable; pero será un compendio claro, lleno de hechos y útil para los colegios americanos».

El 31 de Junio Barros Arana le escribe largamente a Mitre refiriéndole el conflicto que ha estallado entre el Perú y España y, el 7 de Septiembre, este le contesta dicha carta con observaciones muy atinadas. Al final de ella General le transmite un largo juicio sobre su libro *Vida y viajes de Magallanes*. «Es, sin duda—le dice—lo mejor que se ha escrito sobre este célebre viajero, y tal vez lo mejor que ha escrito usted sobre historia y geografía, por la armonía del conjunto, el severo gusto literario que ha presidido su composición y la exactitud de las noticias históricas y geográficas que contiene, bebidas en fuentes puras y en documentos poco conocidos o inéditos. Es, en fin, un libro que se puede leer por placer o por vía de sólida instrucción. Como puede

usted llegar a creer que estos son cumplimientos de amigo, le diré (tan solamente para probar que he leído con atención su libro), que me parece que usted no ha hecho bastante justicia al citar las investigaciones históricas de Clavera para apoyarse en su testimonio, mientras que ha hecho una especie de elogio de su competidor Mr. Hott, que usted reputa como la mejor defensa de los títulos de Martín Behaim, cuando todos están conformes en reconocer que Hott es el escritor sobre la materia que más ha lucido en su ignorancia sobre la historia y la geografía del siglo XV».

¿Acaso la amistad? ¿Tal vez la indulgencia para disculpar todas las obras de los comienzos en los escritores jóvenes, indujeron a Mitre a elogiar este libro de don Diego que es sin duda una de sus producciones más mediocres? Con sobrada razón le he oído decir a don Enrique Matta Vial, autoridad en materias históricas que nunca será citada lo bastante, que el capítulo dedicado por don Diego a a Magallanes en su *Historia General de Chile* vale por todo este libro.

A continuación de esta carta figura otra de Mitre en respuesta a una de Barros Arana, de 13 de Octubre del 64, que no aparece incluída en la correspondencia del *Archivo Mitre* y en la que el General le agradece las noticias que le da sobre el viaje de Solís y Pinzón en 1508. Entra, en seguida, en una erudita disertación, en la que aduce gran acopio de noticias y de conocimientos sobre la materia. Dos meses más tarde don Diego le da nuevas a Mitre de sus trabajos recientes: «Usted sabe—le dice—que ahora tengo a mi cargo la educación de más de 900 alumnos y para atender regularmente este maremagnum me ha sido forzoso volver a los estudios de

colegio. Me tiene usted en medio de los autores latinos, la cosmografía, la geografía física, los libros elementales de historia, las gramáticas, etc., etc. En dos años he reformado mucho los medios de enseñanza, los textos y los métodos, pero me falta mucho por hacer todavía para que estas reformas descansen sobre bases sólidas».

Diez años transcurren pronto sin que entre ambos escritores se cambie ni una carta. ¿Cuál había sido la causa? ¿Tal vez las múltiples tareas políticas y administrativas que absorbían al General; los quehaceres rudos en el Instituto, primero; luego los sinsabores que tuvo que soportar don Diego con la campaña emprendida en su contra, y la salida del rectorado poco después? El decreto que acordaba la libertad de exámenes era un golpe asestado en la entraña de la enseñanza del Estado y a él se siguió, bien pronto, el de 30 de Enero de 1872 que concedía derecho a los estudiantes para seguir ramos sueltos de leyes, pudiendo rendir sus exámenes en cualquiera de las clases universitarias. Luego el nombramiento de una comisión para que investigase el origen de algunos desórdenes habidos en el Instituto, la designación de don Camilo Cobo para que con don Diego compartiese la dirección del establecimiento; y, por fin, el decreto de Febrero de 1873 que restringía las facultades que todo jefe de establecimiento debe tener y con lo cual se pretendía poner al rector del Instituto en un disparadero; y el de 12 de Marzo que obligaba la separación de don Diego Barros Arana, produjeron, como justa consecuencia, el retiro definitivo del historiador de aquel cargo que había honrado durante más de dos lustros con su amor por la instrucción, con su estudio infatigable y su acción labo-

riosa. La campaña conservadora, que fué no sólo tolerada sino autorizada por el Presidente, desencadenó, antes de mucho, una reacción que bien pronto arrastró a don Federico de su parte, constituyendo esa mayoría liberal que pudo gobernar durante tantos años con felices provechos para el país.

En las dos cartas que le escribe don Diego a Mitre entre Julio y Agosto del 75, le explica su silencio de diez años, su salida del Instituto y algunas noticias literarias de interés. Comienza por anunciarle que don Ignacio Zenteno, hijo del prócer, ha reunido una colección de papeles relativos a la historia de Chile desde 1817 hasta 1823 y que prepara una publicación de importancia sobre tales sucesos, que contendrá cerca de tres mil documentos referentes a Chile y el Perú. Don Diego le dice a Mitre que Zenteno no ha podido proporcionarse las cartas escritas por su padre a San Martín y que como él es poseedor de todo el archivo, Zenteno le ha pedido interponga su influencia a fin de procurarse copia de las cartas susodichas y le anuncia que le podría enviar, a cambio, una copia completa de la correspondencia de San Martín a O'Higgins.

Años más tarde murió prematuramente Ignacio Zenteno dejando solo iniciada esta publicación, algunas de cuyas páginas habian sido dadas a la estampa en *El Ferrocarril*.

En la segunda carta Barros Arana le refiere a Mitre, con dolorida decepción, su salida del Instituto: «Por mi parte, —escribele—vivo lo más lejos de la política que me es posible vivir. Fuí rector del Instituto durante diez años. Trabajé con un tesón incontrastable por reformar la enseñanza, estudiando yo mismo por la noche lo que debía enseñar

al día siguiente, y aprendiendo así lección por lección lo que no había estudiado antes; creo que mi acción sobre la enseñanza no ha sido inútil, y que al fin he conseguido introducir útiles reformas y despertar en la juventud el amor por ciertos estudios que ántes se hacían mal o no se hacían. Pero yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó a Jonás. Esta enseñanza enfureció al clero, que no perdonó medio alguno para suscitarme dificultades. El gobierno de Errázuriz, que al fin ha tenido que romper con los clérigos, había comenzado por ponerse a las órdenes de las gentes devotas, y las sirvió hostilizándome por todos caminos, e inventando mil tramoyas para separarme. Al fin me sacaron del Instituto a principios de 1873, es decir, después de diez años de consagración a los trabajos de este orden».

Pero, si mucho ha perdido la instrucción con el retiro de don Diego del Instituto, no poco ha ganado la historia, pues, en adelante, tendrá sus horas libres para dedicárselas a sus labores particulares. En el resto de la carta Barros Arana le refiere minuciosamente al General todo lo que ha escrito en los últimos años: aparte de su *Historia de América*, de la que ya le ha anticipado noticias, le comunica que compuso un curso de literatura en tres volúmenes; un tratado de geografía física, «que es un conjunto metódico y elemental de las noticias científicas recogidas en libros franceses, ingleses o alemanes, inabordables para la inteligencia de los niños y de los hombres que no están iniciados en la ciencia»; un volumen de documentos y crítica sobre Pedro de Valdivia; una edición de la *Histo-*

ria de los Jesuitas de Chile por el Padre Olivares, con introducción y notas y que ha comenzado a publicar en el periódico mensual titulado *Revista Chilena*. Por fin, al comunicarle lo mucho que ha logrado incrementar su biblioteca, en la cual cuenta ya con nueve o diez mil volúmenes, «de todas las materias del saber humano», de entre los que hay unos seis mil relativos a América, le escribe: «Mi permanencia en el Instituto me hizo apasionarme por los estudios científicos; y en mi casa tengo una sala con barómetros, termómetros, brújulas, un telescopio, dos microscopios y otros muchos aparatos, todos los cuales me ocupan algunas horas».

Dos meses más tarde, el 20 de Octubre de ese año, Mitre le contesta a don Diego: «La carta me ha causado muy gratas emociones. Cuando llegué a la parte de ella en que me habla de su biblioteca de 10,000 volúmenes, de los cuales 6,000 son americanos y me bosqueja su local, en que los instrumentos del hombre de ciencia se hayan mezclados con los libros del hombre de letras, me lo imaginé, como usted lo dice, absorto en el estudio, sin acordarse de otra cosa, como le sucede a todo hombre de labor intelectual en medio de esa embriaguez sagrada que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador». Luego, al referirse a su separación del Instituto, le escribe el General: «Lo que usted me dice en su carta, juntamente con el folleto correlativo (que he leído), me hacen creer que Chile marcha muy despacio en el camino de los adelantos morales. Hoy que la ciencia ha iluminado la conciencia humana y que sus verdades vulgarizadas son del dominio del sentido común; hoy que el hombre ha tomado posesión del universo y que el niño al abrir sus ojos a la razón bebe en el aire la demostración de los

mundos que se crían en los espacios infinitos, y comprendemos todos sin discutirlos ya, las leyes eternas a que obedece la naturaleza humana, su destitución, por la influencia clerical, por el hecho de propagar esas verdades, sin tributar homenaje a la ignorancia, es un hecho que me muestra que todavía tienen ustedes mucho que trabajar y que luchar para ponerse en el recto sendero en que el mundo marcha».

Largas y minuciosas consideraciones prodiga Mitre a continuación, en su extensísima epístola, al *Tratado de Geografía Física* de don Diego, sus *Elementos de literatura* y la *Revista Chilena*, algunos de cuyos estudios y notas bibliográficas le merecen juicios detallados, muy interesantes a veces. Al hablar de Gay, con motivo del estudio que publica Barros Arana en los números 7 y 8 de la *Revista* sobre el ilustre hombre de ciencia, escribe Mitre: «Nada, o muy poco hemos adelantado después del viaje de Humboldt a principios de este siglo. Gay es el revelador del suelo chileno, que Pissis ha estudiado geológicamente, trazando su carta topográfica, ilustrándolo Domeyko y Philipi, extranjeros todos ellos». Al ocuparse el General de las bibliografías hechas por don Diego sobre los libros de Gravier, de Harrise, Bermejo, Hutchinson, Lamas, Larrazábal, Brasseur de Bousgbourg y Fussang, acopia una muy oportuna y abundante erudición. A veces sus juicios son definitivos y están en abierto desacuerdo con los de Barros Arana. Al tratar de Larrazábal y su Historia de Bolívar, le dirá Mitre que le hace al autor más honor del que merece: «Malísimo escritor,—le dirá—que siendo desordenado raya en lo vulgar; carece como historiador y como ilustrador de documentos, de todo criterio, largándose con frecuencia solo y por su cuenta,

sin más bagaje que la declamación, a tratar con tono absoluto puntos históricos de la mayor trascendencia que pugnan con los hechos averiguados, tal como por ejemplo el proyecto de coronación de Bolívar, que su admirador Restrepo trata con tanta franqueza y claridad, y tal como la versión que da de la famosa conferencia de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, poniendo en boca de uno y otro conceptos y palabras tan inverosímiles como notoriamente falsas, además del mal gusto literario con que está expuesta tan grande escena»; en seguida, al llegar a los puntos de su pluma el nombre de Brasseur de Bousgbourg y tras un largo análisis, Mitre se disculpa de la severidad con que ha tratado a tal autor «a quien usted aprecia bien, aunque con ciertos miramientos, quizá por no conocer todos los documentos que lo condenan como un falso sabio, poseído de una manía, aun concediéndole el honor de la buena fe de que a veces he llegado a dudar».

Finaliza esta carta Mitre con abundantes noticias sobre sus últimos libros y al transmitirle algunos datos sobre su *Historia del General San Martín*, le dice que todo el plan está bosquejado y los documentos puestos en orden. «Estimo en diez mil, por lo menos, el número de los documentos manuscritos extractados y consultados para la confección de este libro».

Las cartas restantes escritas por don Diego Barros Arana al General Mitre tienen escaso interés. Son de 5 de Diciembre del 75, de 7 de Febrero, 11 de Mayo, 3 de Agosto del 76, y las últimas son de 5 de Junio y de 1.º de Agosto de 1881. Tratan las primeras de noticias bibliográficas insignificantes, en las que le explica la razón de sus notas bibliográficas escritas al correr de la pluma en

la *Revista*; ya el contenido de un legajo que tiene con el título de Batalla de Maipo, en el cual constan varios documentos reunidos en la secretaría del virrey Pezuela, que «reflejan sólo el estupor que produjo entre los jefes realistas del Perú y de Nueva Granada la noticia del triunfo de San Martín, y las medidas que se tomaron para resistir a los independientes»; luego su juicio sobre las *Arengas* del General o, finalmente, algunas consideraciones sobre la cuestión del arreglo chileno-argentino. «Aquí he podido ayudar al presidente Pinto—le escribe don Diego—en esta negociación, y buscar adhesiones al arreglo amistoso. Hoy me parece que la cuestión está resuelta y que la solución es satisfactoria y definitiva. Pinto ha mostrado en esta ocasión un carácter sólido y una inteligencia superior para vencer las resistencias que ha hallado en el camino de la negociación, y que le oponía el patriotismo de algunos hombres de este país. Tal vez le interese saber este dato. Don Máximo R. Lira, a quien en Buenos Aires creían un enemigo tenaz de todo arreglo, es partidario resuelto del tratado. Por lo demás, estoy persuadido de que este será aprobado en el Congreso, por una mayoría parecida a unanimidad en el Senado, y por una mayoría considerable en la otra Cámara».

En esta parte se detiene la correspondencia de Mitre y Barros Arana, que ha dado a luz el *Archivo del General Mitre*. Queda aun por publicarse toda la correspondencia diplomática que tiene, seguramente, un enorme alcance histórico para las relaciones de ambos países. ¿Qué pensaban los dos historiadores, el argentino y el chileno, antes, en, y después del conflicto que estuvo a punto de ensangrentar ambos países a fines del siglo pasado? ¿Cual fué la actitud del General en los momentos en que don Diego

era el perito por la parte de Chile para solucionar la cuestión de límites? ¿Acaso el patriotismo herido alcanzó a empañar el cristal de esa amistad de medio siglo? Una amistad literaria no basta para explicar una relación política ya que, mientras en aquella están en juego sólo los intereses particulares, en esta se ponen a prueba los sentimientos de la nacionalidad, que son los más delicados y donde a veces se olvida el hombre para descubrir en el fondo del corazón las pasiones del lobo.

ARMANDO DONOSO.

